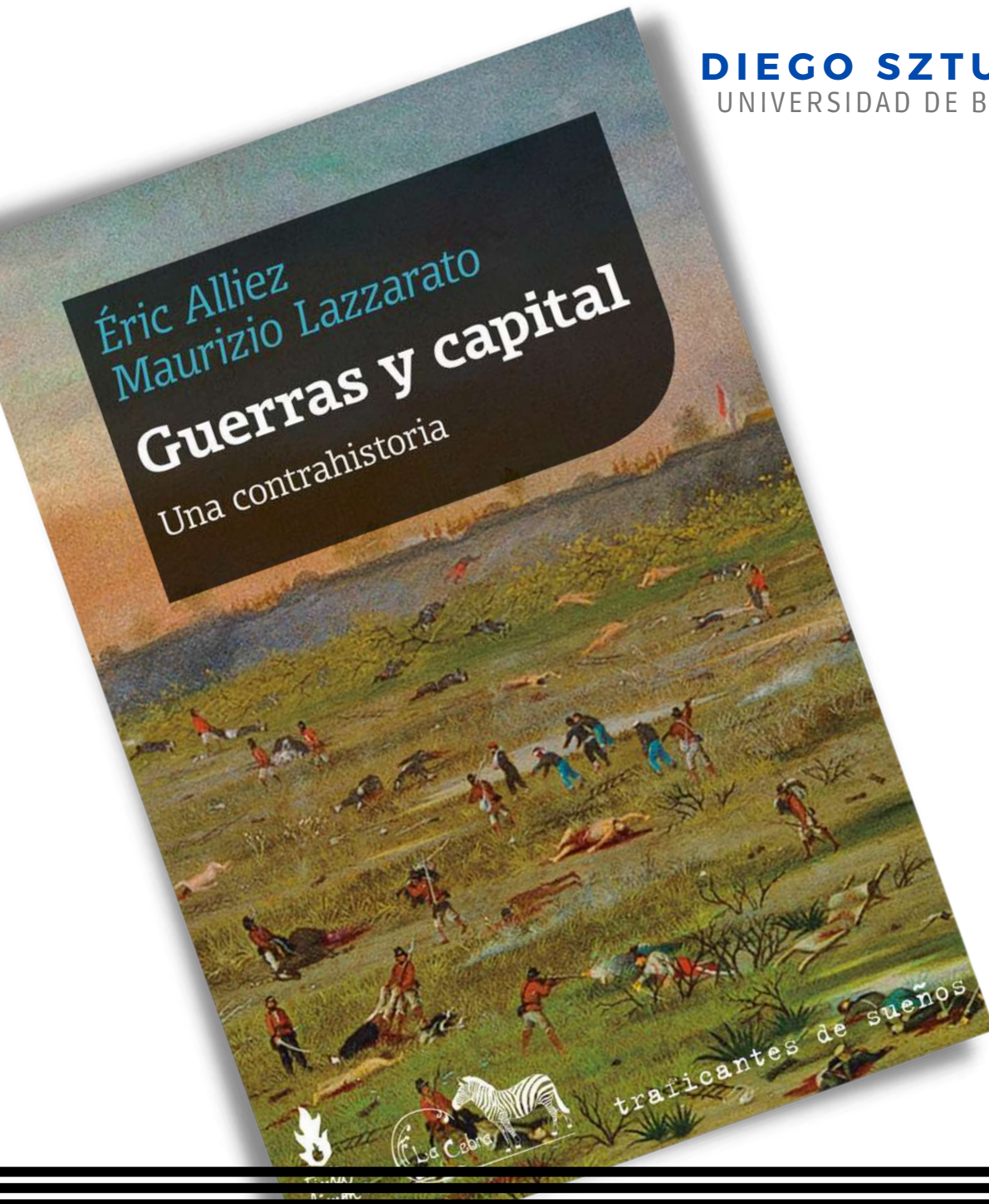


RESEÑA

GUERRAS Y CAPITAL UNA CONTRAHISTORIA

DIEGO SZTULWARK
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES



Esto no es una reseña sino un aviso: Clausewitz ha sido modificado. Ya no se trata de invertir la fórmula según la cual la guerra continua política, sino más bien determinar cómo la economía continúa a la guerra. O más bien: cómo la guerra constituye el tejido último de la acumulación de capital.

La tesis de *"Guerras y capital. Una contrahistoria"* se desprende transparente del título mismo: lo que ha caducado es la distancia que hacía que economía y violencia estratégica sean concebidas como dinámicas independientes entre sí. Recientemente publicado por Tinta Limón Ediciones, La Cebra y Traficantes de Sueños—con traducción de Manuela Valdivia—este libro de 430 páginas—anterior en su escritura aunque posterior en su aparición a *El capital odia a todo el mundo* (Lazzarato)—es sólo la primera parte de un estudio más basto (de próxima aparición) que respalda las tesis los últimos libros de Lazzarato (*¿Te acuerdas de la revolución, minorías y clases?*) y constituye el ingreso a la escena política en castellano del relativamente poco conocido Éric Alliez, compilador del extraordinario libro (jamás publicado en Argentina) *Gilles Deleuze, una vida filosófica*.

Si hablamos de transparencia es porque del título se desprende linealmente su propuesta: ampliar el campo de saberes hasta poder incluir en una misma historia la acumulación de capital y la guerra como lógica social permanente. Hay muchas maneras de practicar semejante ampliación. La más directa es leer a Marx teniendo presente la íntima relación entre lucha de clases—enfaticando el sentido estratégico de "lucha" sobre el sociológico de "clase"—y subsunción real del trabajo en el capital. Otra, ampliando la ciencia política en un sentido schmittiano: la crítica de la economía política ya no sería suficiente, y se haría necesario más bien incluir lo político puro, entendido relación e

de enemistad constitutiva de la esencia del estado (y el estado nacional como sujeto de la guerra). Otra: volver sobre Clausewitz y sobre la inversión leninista de medios y fines, entre guerra y política, como hicieron Michel Foucault o León Rozitchner.

En Foucault habría, en torno al pensamiento de la guerra, al menos dos momentos: el primero, que interesa a los autores, es el de la estrategia (a partir del 1971), el segundo y último el de la gubernamentalización (a partir de 1976). En el primero, se trata de desarrollar la inversión de la fórmula de Clausewitz adoptando el modelo de la guerra civil como ejercicio cotidiano de las relaciones de poder y estado continuo de las relaciones sociales del capitalismo. No como anarquía o estado de naturaleza, sino como enfrentamiento incesante entre “entidades colectivas calificadas”. No como hecho meramente destructivo, sino dinámica de “construcción de nuevas colectividades e instituciones”. La guerra como relación permanente y fondo de las instituciones de poder. En un segundo momento, Foucault introduce la relación gobernantes-gobernados, que operaría según Lazaratto y Alliez como término del enfrentamiento por estabilización de antagonismos. Sobre este segundo momento cae la crítica. Porque si se lo separase del primero, y se tomaran los automatismos gubernamentales, no como efecto de estrategias y enfrentamientos previos, sino de modo aislado—como quieren los liberales—se banalizaría toda la reflexión foucaultiana de los dispositivos como mera legitimación del mundo neoliberal.

A León Rozitchner, en cambio, no se lo menciona. Aunque el proyecto de los autores, de una analítica no eurocéntrica del poder fundado en la guerra se beneficiaría indudablemente con la lectura de *Malvinas, de la guerra sucia a la guerra limpia*. Escrito durante el conflicto bélico de 1982 Rozitchner formula allí al menos tres cuestiones vinculadas a la guerra de estricta pertinencia para la constitución del campo de estudios por el que abogan los autores: el carácter ético y cognitivo de

las estrategias bélicas; las consecuencias subjetivas del terrorismo de Estado; la adopción del modelo de pensamiento de la guerra como modelo para una reforma de las ciencias sociales y el papel de la contra-violencia como respuesta desde abajo a la guerra implementada desde arriba. En Rozitchner encontramos un razonamiento crítico profundo sobre la presencia de la guerra en la política democrática, donde la violencia se encubre en la legalidad y de la contra-violencia que surge de profundizar en la política para encontrar en ella las fuerzas colectivas que, por su presencia real, establezcan un límite al poder.

Decíamos que *Guerras y capital* respalda muchas de la tesis que sostuvo Lazzarato en sus últimos trabajos. Esas tesis son las siguientes: 1. Lo que llamamos globalización es efecto de un acto de fuerza, un acto bélico que es indispensable captar para iluminar su sentido estratégico; 2. La globalización capitalista es, en rigor, la actividad de una máquina de guerra capitalista siempre en crisis y siempre asistida y rectificadora en su funcionamiento por la acción de unos sujetos perfectamente identificables que van del ejército norteamericano (la empresa más grande del mundo) a las bandas fascistas—que llegan crecientemente a los gobiernos y modifican crecientemente los procesos políticos—pasando por una variedad de figuras—técnicos e investigadores—con dedicación full time a los reparos de la máquina; 3. Estas subjetividades-maquínicas no pueden ser combatidas sino por medio de la creación de subjetividades ligada a una máquina de guerra revolucionaria, que sólo puede surgir de una ampliación de la comprensión ampliada de la lucha de clases hasta concernir a sujetos, por medio de un tardío reconocimiento de las luchas feministas y anticoloniales; 4. La necesidad de precisar teóricamente la subordinación estratégica de las máquinas técnicas (dispositivos) al funcionamiento de la máquina social (máquina de guerra del capital); y 5. La postulación de la revolución como

creación de una máquina de guerra revolucionaria global sin la cual no hay ni habrá crítica ni alternativa posible al presente.

Lo que sostienen con fuerza Lazzarato y Alliez es la necesidad de constituir un dispositivo de estudio para un objeto único que debe ser captado por un mecanismo crítico. Ahí donde la economía se presenta como un conjunto de automatismos, develar su naturaleza estratégica; ahí donde la guerra se presenta como lo otro del orden estatal, comprender más bien como el estado se ha convertido en una piensa del orden bélico que regula la moneda, tanto como el monopolio legítimo de la fuerza “para la guerra interna y externa”, en el espacio unificado y fragmentable de la economía mundo.

La “contrahistoria” de la que hablan Alliez y Lazzarato es, pues, la genealogía de la íntima relación entre capitalismo y despojo, financierización y colonización, liberalismo y guerra. La correlación inmanente entre acumulación de capital y producción de guerras se corresponde con la creación de tecnologías que arrasan el alma, subordinando procesos cognitivos y vitales a fines económicos-políticos-militares de la máquina capitalista. Pero la máquina social capitalista no se reduce a sus aspectos técnico-cognitivos, sino que funciona racializando a las clases sociales, agrediendo a las mujeres y a todo devenir minoritario de las sexualidades y cosificando a la naturaleza.

De ahí la contra-tesis según la cual hay que vincular la historia de las revoluciones con una cierta evolución—discontinua pero persistente—de la “revolución”—las múltiples experiencias de resistencias y revueltas—como hecho bélico contra el capital, en el que se pone en juego concretamente la experimentación de máquinas de guerra anticapitalistas. El prólogo que los autores escribieron para la edición en castellano tiene el mérito de enfatizar la secuencia propiamente

sudamericana de la guerra-del-capital contra la población, y recuperar, tomando seriamente la secuencia chilena abierta en 2019 como laboratorio abierto para constituir un saber vivo, políticamente activo, recapitulando toda la experiencia que—como ocurre hoy con nuestro 2001—creíamos perdida.